



LAS DIFERENCIAS

Frente a la unión de la existencia

LAS DIFERENCIAS

Frente a la unión de la existencia

Si asumimos que la existencia nos une de forma radical, entonces ¿en qué lugar quedan la diferencias de lengua, cultura, religión, ideas políticas, que podemos tener con otras personas?

Una vez desarrollado el tema de la realidad existencial, debemos pararnos de forma más concreta en la pregunta que nos ocupa. Y para ello creemos conveniente desarrollar lo que entendemos por diferencia. Por diferencia entendemos todo lo ajeno al “yo”, es decir, el “otro” o alteridad. Entonces inmediatamente surge la pregunta ¿quién es el otro? Hay muchas construcciones del “otro” en torno a diversos factores destacando: el género, la cultura, la lengua, y cómo no, la raza. No olvidamos que el ser humano se caracteriza por una construcción constante de la alteridad, es decir, es muy narcisista apareciendo constantemente reflejo de esa construcción como por ejemplo cuando compite frente a otro.

La diferencia se construye a través de la cultura, que cada ser humano presenta. Los seres humanos no han aprendido a respetar la diferencia, de ahí esas fabulosas muestras de crueldad de unos con respecto a los otros; ya que persiste un orgullo guerrero que fomenta la eliminación de aquellos que han sido calificados de enemigos, cuando no de “asociales” o “escoria”.

La antipatía hacia las diferencias combinada con un aberrante tribalismo son constantes casi inextirpables de la psicología humana, fácilmente dirigible e impresionable para el mal.

No obstante, con el concepto de diferencia no incluido en el de igualdad, se deconstruyen los intentos de diálogos y mestizaje entre culturas porque son tan diferentes que cualquier comunicación entre ellas se esconde la dominación y destrucción de su identidad.

Sin embargo, desde la investigación para la Paz, no podemos negar los avances que se han producido, al poner un especial énfasis sobre la confianza del ser humano, ya que bajo esta igualdad formal se esconden formas de discriminación, es decir: todos los individuos no son tratados de igual forma por la sociedad o por el sistema escolar, es decir, de acuerdo con sus peculiaridades y diferencias de sexo, etnia, clase social, edad...etc

Evidentemente, no es justo tratar igual a los que son diferentes. El no tratamiento adecuado de las diferencias ha generado las desigualdades sociales que formalmente se intentaban corregir: un marco de diferencias y luchas sociales.

No podemos olvidar (nosotros como docentes), que los modos siempre complicados en que las instituciones educativas producen, reproducen, mediatizan y trasforman el poder político, económico y cultural no pueden desvincularse de la dinámica de clase, raza y sexo so pena de no comprender que la educación también puede ser un acto de liberación.



Las sociedades no son homogéneas, sino plurales y diversas. La percepción de la homogeneidad se produce porque las diferencias están jerarquizadas recibiendo diferentes valoraciones y retribuciones sociales. Es en la esfera del poder donde hay que actuar para romper las relaciones de fuerza hacia relaciones de solidaridad, reduciendo las desigualdades al mínimo posible.

Para terminar, recordamos que la cuestión clave es la articulación de la identidad y la diferencia. Como nos dice el profesor Francesc Torralba, es necesaria una articulación creativa de las identidades y de las diferencias. El mundo occidental ha dejado de ser un mundo monocolor y es un auténtico rompecabezas cultural, lingüístico, social, racial, religioso, étnico... Hemos entrado definitivamente en lo que ya se ha denominado el paradigma de la diferencia, de la pluralidad, de la diversidad.

Es preciso educar en esta diversidad y evitar tendencias monopolizadoras u homogeneizadoras. La paz es un estado que tiene mucho que ver con la unidad dentro de la pluralidad. La pluralidad es un hecho; la paz, es un deber. Es necesario buscar la unidad de esta pluralidad y para buscarla no hay que tratar de homogeneizar o de nivelar las diferencias sino reconocerlas y tratar qué es lo que nos une radicalmente con el otro.

Trinidad Lorenzo Gómez

